

EL LIBRO DE "LIBRA"

A Joaquín Garrigues Walker —cree él—, un libro lo va a ayudar a triunfar, para que después diga la revista del INLE. Es un libro de más de mil páginas, que ha escrito el grupo de estudios que dirige, «Libra», que viene a ser algo así como la Fedisa de las multinacionales y los Rockefeller. (Para que vean: como en

Nueva York, en Madrid ya tenemos el Rockefeller Center; son, naturalmente, los hermanos Garrigues Walker, muy de centro ellos).

El libro de «Libra» tiene poco que ver con los que edita Plaza y Janés; ni siquiera tiene el tirón de «best-seller» del catálogo de Grijalbo; no es tan quiosquero como los libros de Sedmay. Porque es un estudio de marketing sobre las condiciones que ha de tener el líder político español del futuro más inmediato. Un libro que sirve para ver cómo está el patio, vamos...

No, no vaya usted a ninguna

VOLVER LA PAGINA

A HORA que todo el mundo dice que hemos entrado en una nueva etapa histórica, ahora que sin comerlo ni beberlo se encuentra uno con que de pronto pasea sus huesos de ciudadano bajo una monarquía, ahora que estamos al final del famoso noviembre de 1975, es el momento que uno ha elegido para mirarse al espejo y recitar este monólogo interior: nací en 1936, año de mala gracia, en que dio comienzo aquella traca siniestra; un cura de misa y olla a los ocho días me sanó el pecado original con sal y agua bendita; por delegación en un tío mío que era habilitado de Hacienda en Zaragoza me pasaron por el manto de la Virgen del Pilar; las primeras diarreas infantiles me las remediaron con puré de algarroba y los estreñimientos con lavativas de agua tibia. De esta forma alcancé el uso de razón, llegué a esa edad en que, según los sacerdotes del templo, uno está perfectamente capacitado para caer en el infierno. En aquel tiempo se tocaba mucho el tambor, se desfilaba con fusil de madera, se aprendía a deletrear el catón brazo en alto, los maestros no depurados nos hablaban del imperio y se ensalzaban mucho los valores de la raza en un país hambriento lleno de mendigos y tuberculosos. En aquel tiempo no se votaba. Con un boniato en la mano izquierda y con un tebeo del Guerrero del Antifaz en la derecha, después de haber conseguido que no le mataran a uno las bombas que se habían quedado en el monte sin hacer explosión, me salió el primer acné y entré en la pubertad bajo el fuego cruzado de las amenazas morales. En aquel tiempo tampoco se votaba. Las primeras cuitas del sexo me las curaba con sabatinas, leyendo Energía y Pureza, de Thiamer Thot, y acudiendo regularmente a un confesionario de nogal con olor a picadura selecta. Y así me fumé el primer cigarrillo Bubi, escuché en la radio Telefunken la voz de Matías Prats, que narraba la epopeya del gol de Zorra, en Maracaná, y quedé a la espera del advenimiento del reino de la Coca-Cola. En aquel tiempo tampoco se votaba. Sin embargo, aparecieron los primeros cacharros de plástico. Y con la llegada de la Vespa y mientras Lorenzo González cantaba Cabaretera, uno comenzó a no dar, por supuesto, que España estaba dividida en buenos y malos, según el reglamento oficial. El biscuter fue el ratón que parieron los montes de la autarquía, y en vista que el ciclo del tambor no daba para más, vinieron los tecnócratas con la coyuntura y Romano Guardini, con los royalties y el colonialismo industrial, abrieron las puertas para que entraran los bikinis y se marcharan los obreros a Alemania y uno se quedó dentro, rodeado de aparatitos con patente extranjera, rellenando quinielas, buscando libros prohibidos, oyendo Radio París, viendo la repetición de las jugadas en el televisor, comprando camisas de terlenka, pensando en la parcelita, veraneando en un pisito de la costa detrás de la colada de un francés. Y sin votar. Porque en este tiempo tampoco se votaba ni loco. Ahora que todo el mundo dice que hemos entrado en una nueva etapa histórica y que, sin comerlo ni beberlo, se ha convertido de la noche a la mañana en súbdito de la corona, uno en su modestia, aunque sólo fuera por probar, después de tantos años, por primera vez, quisiera echarse una urna libre a la cara. ■

VICENT



librería pidiendo el libro de «Libra». Aparte de que le costaría un ojo de la cara (un millón de pesetas), el libro de «Libra» ni se compra ni se vende, como el cariño verdadero y como las obras completas de Aparisi Guijarro. Parece que el libro de «Libra» sólo lo podrán comprar las

filiales regionales de la sociedad, para que a su vez comprueben cómo está el patio y sepan cómo disfrazarse de liberales y democráticos, que esta temporada se va a llevar mucho. (Un amigo mío, totalitario de toda la vida, se afeitó ayer el bigotito y ya ha convencido a media docena de



Joaquín G. W.



Antonio G. W.